

DISCURSO

PRONUNCIADO

POR EL CORONEL

D. EUGENIO VARGAS,

EN LA PLAZA DE ARMAS

DE TOLUCA,

EL DIA 27 DE SETIEMBRE

de 1858.

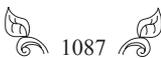


TOLUCA.

TIP. DEL INSTITUTO LITERARIO,

á cargo de Manuel Jimenez.

1858.





Un gran pueblo es capaz de todo con un grande hombre de quien no puede separar su gloria, sus intereses y su bienestar.

(Mr. de Fontanes en su discurso al 1.^{er} Cónsul.)

Mexicanos:

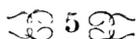
En vano las guerras intestinas han trabajado duramente á nuestro país; en vano la horrible tea de la discordia ha esparcido su siniestra luz sobre cadáveres de hermanos muertos los unos á manos de los otros; en vano las exageraciones políticas han conmovido hasta los cimientos de la sociedad: todos estos inmensos males no han sido parte aún á extinguir en nuestro espíritu el recuerdo glorioso de nuestra independenciam, ni á borrar de nuestros corazones aquel noble sentimiento que ilustra los fastos de las naciones, que ha inmortalizado á tantos héroes, el dul-



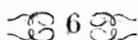
ce amor de la patria que, haciéndonos olvidar hoy nuestras desgracias, nos tiene aquí reunidos para contemplar la obra de nuestros padres y para bendecir su memoria. Si es grato para mí desempeñar el grande honor que me habeis hecho, de ser el intérprete de vuestros sentimientos en este día de tan amables recuerdos para todo corazón mexicano, lo es aun mas contemplar vuestro amor á la patria, vivo aun á pesar de nuestras desgracias, en pie todavía á pesar de su continua lucha con el egoismo y la maldad, y dispuesto siempre á levantar á nuestra madre comun del cieno porque la han arrastrado nuestros deplorables errores al sólio brillante de grandeza y magestad á que la destinara el Augusto y Omnipotente Regulador del Universo.

Si, compatriotas, cuando leo en vuestros semblantes el júbilo que os causa el recuerdo de nuestra emancipacion política y contemplo esa viva animacion que revela en vosotros aquella nobleza de sentimientos que llena y engrandece á la vez el alma del hombre libre, me persuado con entusiasmo de que la obra del grande Iturbide no ha sido del todo estéril para nosotros; y antes bien, ha dejado un precioso gérmen de heroismo y de verdadera libertad que al fin habrá de fructificar abundantemente en honor y en utilidad de esta patria tan amada y tan digna de ser dichosa.

No ha mucho que la patriótica voz de un orador elocuente os ha hecho recordar con reconocimiento los vigorosos esfuerzos de los primeros gefes de la revolucion de independencia: y los claros nombres de Hidalgo, de Teran, de Morelos, de Mina, de Guerrero y de Bravo, y de tantas otras victi-



mas de su patriotismo, han sido escuchados con respeto y con amor. Tócame ahora hablaros de la segunda revolucion y de su ilustre caudillo; de la revolucion mas fecunda y mas rápidamente ejecutada que han visto los siglos modernos, y del soldado mas político y mas heróico que ha libertado á su patria. Lejos de mí comparaciones odiosas y absolutamente impropias en la boca de un hijo para medir el mérito respectivo de los que le dieran el ser. Los primeros caudillos no consumaron su obra, es verdad: pero ¿quién podrá negarles el mérito del designio y su abnegacion patriótica para llevarlo al cabo? Y si, como es notorio, la ejecucion no correspondió á la nobleza de la idea ¿quién no vé la causa de ello en la imperfeccion de los medios que tuvieron necesidad de emplear, supuesto el descubrimiento prematuro que hizo el gobierno del proyecto nacional? Dejemos á la crítica justa y severa de la historia y al juicio imparcial de la posteridad la esacta apreciacion de los hombres y de los hechos; y no interrumpamos con prolijos y minuciosos exámenes la alegria que debe reinar en un dia, como el presente, que recuerda el mas grande acontecimiento de la nacion mexicana, ese acontecimiento glorioso que, sacándonos de la pobre esfera de colonos, nos ha elevado al noble rango de las naciones libres. Pero este acontecimiento tan fecundo en consideraciones de todo género y que al presente ocupa toda nuestra atencion, debe ser visto bajo el doble aspecto de la grandeza en el designio y la sabiduría en la ejecucion. Permitidme, pues, conciudadanos, que, considerando nuestra independendencia bajo estos dos puntos de vista, os ponga de manifiesto la necesidad é



importancia de cortar el nudo que ligaba los dos mundos y la bondad de los medios con que se alcanzó tan importante resultado. Este ligero exámen nos hará amar mas y mas nuestra independencia, y venerar la memoria del que tan gloriosamente supo alcanzarla.

PRIMERA PARTE.

Cuando hablo con mexicanos en quienes es como innato el amor de la libertad y de su independencia, parecia escusado emprender la demostracion de la justicia y conveniencia de tan noble causa. Pero han sido tan graves nuestros padecimientos, es tan lamentable el estado á que nos ha conducido la no interrumpida serie de guerras intestinas, ha sido tan desahertada la marcha de la prensa apasionada de los partidos; que no ha faltado quien crea ver en la independencia el origen de nuestros males: y casi ha venido á ser necesario vindicarla de tales cargos, patentizando su necesidad, su conveniencia y su justicia. Mas no lo haré ciertamente recurriendo á la “abyeccion degradante en que nos tuviera el monarca de Castilla, al ominoso yugo de la península, á la férrea mano del gobierno colonial,” ni á otros lugares comunes del mismo género, y á esas frases de encono, que si bien fueron perdonables en los primeros años de nuestra emancipacion como arranques de un sentimiento patriótico engendrado por la sangrienta lucha de diez años, y aun no bien ilustrado por las advertencias de la historia y las lecciones de la experiencia, hoy no son ya escusables á los ojos de la crítica y de la razon y no serian dignos de un mexicano



digno de llevar este nombre con que tanto nos honramos. México era, es verdad, una colonia de la España; pero sus hijos eran gobernados por los mismos códigos y por las mismas costumbres que los habitantes de la península. Y si de parte de algun virrey se cometian abusos de autoridad, no era esto la opresion de una nacion á otra, era la desgracia que acaecía en la misma península, que acaece aquí y que tiene lugar donde quiera que las malas pasiones se apoderan del espíritu y del corazon de un gobernante. Por lo demas: el gobierno colonial en cuanto á instruccion pública, mejoras materiales y morales, arreglo del ejército, convocacion de diputados á las cortes, prohibicion de libros, comercio extranjero, profesiones científicas y demas ramos de la administracion pública, hacia en México lo mismo que en España y decretaba para los mexicanos lo mismo que para los españoles; que es cuanto podian exigirle la civilizacion y la humanidad. No, compatriotas, no es aquí donde debemos buscar la justicia de nuestra independenciam; ni tan noble causa tiene necesidad de mendigar mentidos fundamentos en lo que no es la verdad y sirve tan solo para estraviar el buen sentido de los pueblos.

Tampoco debemos buscarla en el destronamiento de Moctezuma y de Guatimótzin ó en la injusticia de la conquista del Anáhuac por el esforzado capitán español D. Hernando de Cortés. Si esta conquista fué ó no conforme al derecho recibido por todas las naciones civilizadas en la época en que se hizo; si fué conforme á la humanidad ó contraria á ella; si destruyendo la idolatría y los bárbaros sacrificios humanos, fué ó no provechosa á los conquistados, son cuestiones



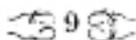
que no toca examinar á los que á esa conquista debemos la vida, ya por ser hijos de los conquistadores, ya por venir de la mezcla de su raza con la raza conquistada. Porque, en un caso y en otro, la lógica mas estricta nos obligaria á deducir una consecuencia que nos comprenderia injusta y desfavorablemente; puesto que el derecho de proclamar la independencia seria entonces esclusivo de la raza conquistada.

Verdaderos son estas, conciudadanos, que tal vez no podrían decirse sin cierto embarazo en los círculos y en las conversaciones privadas, donde estarían como estrañas y timidas; pero que, como observa el gran literato francés Mr. Delille, (*) recobran todo su ascendiente y toda su autoridad cuando se dirigen á los hombres reunidos en una numerosa y respetable asamblea.

¿Donde están, pues, los justos fundamentos de un designio que celebramos á porfía y con igual entusiasmo los que, llevando el nombre de mexicanos, pertenecemos á diversas razas? Vedles claramente en el interes de todos los habitantes de la Nueva-España, en el de los de la misma península y en el de la humanidad que resulta de la combinacion de los otros dos.

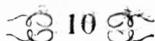
Aumentada aquí la poblacion de un modo considerable, civilizada esta poblacion en el grado mismo y por iguales medios que la de España, las exigencias de los colonos para su natural progreso y consiguientes adelantos, eran las mismas que por motivos iguales tenían los súbditos de la corona residentes en la me-

(*) Discurso sobre la educacion, pronunciado en la distribucion de premios del colegio de Amiens en 1766.



trópoli. Mas como el gobierno estaba situado en el centro de esta, y á una enorme distancia de nuestro suelo, podia atender bien á las necesidades de aquella, y era un imposible fisico que atendiese igualmente á las de estos habitantes con prontitud y oportunidad. Para evitar este mal, que antes de haber aquí una poblacion suficiente y suficientemente ilustrada no lo era en la realidad, solo habia un medio: tener al gobierno dentro del territorio mexicano, cosa que no podia suceder sino independiéndolo del gobierno de Madrid, erigiendo la Colonia en Estado libre y soberano. Hé aquí ligeramente explicado el interes de los colonos: y como él estaba fundado en la imposibilidad de que un gobierno á tan larga distancia pudiese atender á sus necesidades de actualidad, y estas necesidades eran comunes á todas las razas de la Nueva-España, sin distincion de conquistadas y conquistadoras, no puede ponerse en duda que era un legítimo interes de todas ellas el independer su gobierno del de la metrópoli.

No era menor, aunque sí menos perceptible, el de los habitantes de la península; pues si bien su gobierno, mediante un buen sistema rentístico, despues de hacer ámpliamente los gastos de la administracion pública en este territorio, alcanzaba cuantiosos sobrantes con que subvenir á las de la corte, esta única ventaja positiva que le proporcionaba su colonia, no podia ser, con el trascurso del tiempo, compensacion bastante de los males que los peninsulares habian de sufrir teniendo á su gobierno mas atento á las posesiones de Ultramar que al interior de su mismo suelo. Y como el pensamiento de independencia, una vez nacido en



nuestro país como hijo de una patente conveniencia, de seguro no se extinguiría nunca y produciría continuos disturbios, manteniendo así ocupada exclusivamente la atención del gobierno de Madrid y distraída de las necesidades de la península, esto sería un obstáculo perpetuo para el bienestar y el legítimo progreso de aquellos habitantes. Hé aquí el interés público de los peninsulares de acuerdo enteramente con el nuestro, aunque velado por un principio de orgullo nacional que hacía aparecer como una deshonra para la España el dejar á México gobernarse por sí solo.

En suma; la nación española y la colonia mexicana no eran otra cosa entre sí que un padre y un hijo: el padre que ha creado, robustecido, educado y civilizado al hijo hasta ponerle en aptitud de bastarse á sí mismo; y el hijo que, comprendiendo su posición y su aptitud, quiere ensayar por sí solo sus fuerzas y su capacidad: el padre que perjudicaría sus propios intereses continuando por mas tiempo en una tutela innecesaria; y el hijo que, contenido por el respeto y la dirección paternal, no podría utilizar en sí mismo sus propios elementos y los caracteres peculiares de su carácter. Precisa, justa, necesaria, indispensable era la emancipación del hijo, dejando este la posición pasajera del hijo de familia, y entrando en la categoría de ciudadano,

Pero si las dos naciones tenían necesidad de un gobierno en su respectivo territorio; y tales gobiernos independientes entre sí traen cada uno á su nación el inestimable bien de favorecer sus naturales propensiones al verdadero y legítimo progreso, esto és, á su adelantamiento moral y material ¿quien no vé con



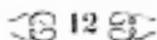
tal independencia de gobiernos la causa de la humanidad? ¿No son estos adelantos los que conducen al bienestar de los individuos y de las familias; los que les evitan el mayor número posible de sufrimientos y de males; y los que les proporcionan la mayor suma posible de goces y de bienes?

Pues si tenemos en el bien general de los mexicanos, en el interes mismo de los peninsulares y en la causa general de la humanidad el fundamento sólido e indestructible de la justicia de nuestra independencia ¿á qué buscarle en una esclavitud que no existia, en los abusos de una autoridad subalterna tan fáciles de corregir, ó en la dureza del gobierno español que, ó no existia, ó autorizaba cuando mas un cambio de dinastía ó de ministerios?

SEGUNDA PARTE.

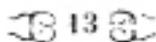
Pero justo, como era, el designio de independencia, es aun mas gloriosa su ejecucion y mas digna de celebrarse por la sabiduría y justificacion de los medios. ¡Ojalá me fuera dado trasladaros con perfeccion las profundas convicciones de mi espíritu y los dulces sentimientos de mi corazon en cuanto á este punto que es la fuente de las glorias de mi patria y del renombre ilustre del héroe que le diera libertad.

El grande Iturbide, honor de México y modelo del soldado, comprendió en su verdadero valor la incalculable importancia de un designio que, separando un gobierno de otro gobierno, unia y estrechaba los vinculos de dos naciones hermanas. No proclamó simplemente la independencia: esto, ensayado ya tan desventajosamente en una guerra de diez años, nos ha-



bria producido un desengaño tan triste como el de la revolucion anterior. La proclamó basada en la Union y en la Religion, combinando así politicamente su vasto genio los intereses, los deseos, y las opiniones de todos.

El clero, justamente alarmado con las tendencias que habian dejado percibir las discusiones de las cortes, no podia veer sin temor una independenciam que parecia venir unida con el gérmen de destruccion que amenazaba sordamente la existencia del catolicismo. La clase militar, que veia en peligro su respetabilidad, no podia dejar de alarmarse con el triunfo de una idea á que habia combatido denodada y victoriosamente en los campos de batalla. Los capitalistas, los agricultores y los comerciantes europeos, que formaban la clase mas acomodada y la mayoría de la clase media, eran un fuerte obstáculo para consumir una revolucion en que entraba como base el grito bárbaro y salvaje de "Mueran los gachupines." La clase, en fin, mas pobre, educada por las otras en los mismos principios de religion, de autoridad, y de ciega obediencia al monarca de Castilla, no estaba generalmente adherida á la causa de la independenciam. ¿Y era esto por falta de patriotismo y amor á su libertad? No en verdad, compatriotas; que tal mengua no cabe en los descendientes de Pelayo y de Guatimoc. Era porque veian amenazados intereses tan gratos, tan sagrados como su misma libertad? ¿Cómo, pues, combinar en favor de una causa ya vencida, tantos, tan variados y tan opuestos elementos? ¿Cómo vencer al vencedor en los momentos mismos de su victoria? Hé aquí, conciudadanos, el privilegio del genio.

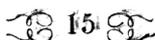


El inmortal Iturbide, dotado por la Sabia Omnipotencia divina de un talento colosal, abarca todos estos elementos encontrados, analiza las verdaderas y legítimas tendencias, conoce intimamente su naturaleza, y desde ese momento están todos bajo el dominio de su poderoso genio. Queda concebido el plan salvador de Iguala, el plan único capaz de producir la independencia. ¡Pueblos del Anáhuac, alegraos: un genio privilegiado, de aquellos que Dios envía de siglo en siglo, en los altos designios de su benigna Providencia para bien de las naciones y de los hombres, se ha hecho cargo de nuestra situación y echado sobre sus robustos hombros la grata, pero enorme carga de nuestra salvación! Contad, pues, con el éxito; que nunca fueran mentidas las esperanzas que infundieran el heroísmo y el talento.

En verdad, señores, que si había de formarse una nación libre en este hermoso territorio, no debería ser ciertamente por ninguna de las diversas razas que le poblaban, sino por todas reunidas; puesto que el interés era de todas, el terreno pertenecía á todas, y todas de consuno aspiraban á los goces de una sociedad bien organizada. Estaba, pues, claramente indicado el primer paso: abolir la odiosa distincion de castas y establecer la *Union* entre los españoles y sus hijos á quienes tan cruelmente habia dividido el mal giro de la revolucion anterior: entre la raza conquistada y la conquistadora; entre las castas y los que no lo eran: en suma, entre todos los habitantes de la Nueva-España que debian formar la nueva nacion mexicana. ¡Ni cómo podian jamas independerse los habitantes de este territorio, si estaban entre sí divididos por intereses

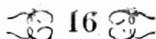
§ 14 §

de razas? ¿Puede concebirse que, mirándose como enemigas las cuatro fracciones de europeos, criollos, indígenas y castas, alguna de ellas fuese capaz de triunfar del gobierno español al mismo tiempo que de las otras tres? Para que todas recibiesen el grato nombre de mexicanos, preciso, indispensable, esencial era que todas, deponiendo sus rencillas y sacrificando sus odios en las aras de esa patria que querían formar, se hiciesen dignas de la independencia proclamando y estableciendo su propia unión como base de ella. Ved aquí, compatriotas, el gran secreto de la independencia de México debido al genio de Iturbide. Este secreto, consignado en el célebre plan de Iguala y perfectamente comprendido por el ejército de las tres garantías, fué acogido con entusiasmo, con delirio por los europeos á quienes ofrecía una patria en lugar de la muerte con que antes se les amenazaba: por los indígenas y las castas á quienes con el título de ciudadanos se daba un estado de sociedad y de igualdad que naturalmente halagaba sus inclinaciones y sus deseos; y por los criollos que veían el nacimiento de su patria sin la pérdida de las relaciones que por la sangre, por la amistad ó por la gratitud les ligaba dulcemente con los españoles, quienes, mexicanos desde entonces, venían á ser en lo sucesivo sus compatriotas y sus hermanos. ¡Cuán grande no aparece el ilustre Iturbide cuando se le considera en esta sublime concepción de su genio privilegiado. ¡Vedle ahí creando la nación mexicana con esta *Unión* que él solo concibió y que otros hubieran creído imposible tras la encarnizada lucha que acababa de pasar: y decidme si halláis en los fastos de la historia un héroe mas digno



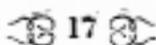
de la veneración pública y de llevar con rigurosa exactitud los envidiables nombres de Padre y Libertador de la Patria? Comparadle, si quereis, con el virtuoso Washington, con el esforzado Bolivar, con el gran Pelayo, con el denodado Guillermo Tell y, estad seguros, no le será desventajoso el paralelo. Ese gran sentimiento de humanidad que le hizo establecer en el plan de Iguala la *Union* como base de la *independencia*; y la rara inteligencia que le condujo á la necesidad de enlazar estrechamente ambas cosas, son dos circunstancias que dan al héroe de México un carácter de bondad único en su especie. Ciro, Alexandro, César, Pompeyo, Epaminondas, Trasíbulo y otros grandes capitanes de imperecedera memoria, hombres colosales que asombran á los siglos por el inmenso número de súbditos que han obedecido su voz, por los pueblos que han sojuzgado, y por las innumerables victorias que han alcanzado; hombres culminantes en la historia que han sabido ilustrar sus nombres, é inmortalizar á sus naciones, no aparecen á mis ojos tan grandes ni tan dignos del respeto y de la admiración de la posteridad cuando les contempló al lado del padre de México, bajo el aspecto de la política y de la humanidad que tan sabiamente hizo servir el grande Iturbide para hacer de su patria una nacion soberana.

Mas ¿como podria obtenerse la verdadera *Union* entre todas las clases que componian la colonia, cuando estaban alarmadas por la observacion de ciertas tendencias á monoscabar el culto, la religion de nuestros padres tan venerada de todos, tan perfectamente entrañada en el corazon de cada uno, sin distincion de razas, y que venia á ser el principio que las enla-



zaba á todas? Solo habia un medio. Garantir en el mismo plan la observancia de nuestra adorable religion, sin lo cual habria sido imposible la union que debia producir la independendencia nacional. Ved, pues, conciudadanos; á la Religion católica dando vida á la union de todos los colonos; á la union formando una nacion ueeva é independiéndola de su antigua metròpoli: á la Independendencia, dando á la nueva nacion la libertad y el órden; y á la libertad y el órden dando vigor y felicidad á la nacion mexicana. Contemplad ese hermoso cuadro, debido al genio inmortal y el patriotismo de Iturbide; mirad en él el celebre plan de Iguala, el título mas glorioso que tenemos á la estimacion y al aprecio de todos los pueblos del orbe.

○ Pero no es esto solo; detengámonos un momento en la ejecucion. Quien considere atentamente la revolucion de 1821, hecha por un coronel del ejército realista, secundada rápidamente por los gefes y las tropas que mas habian combatido en los últimos diez años por el gobierno español, y acogida unánimemente, en el corto periodo de siete meses, por todas las clases de la sociedad, por todas las razas, y en toda la estension de la Nueva-España, no podrá menos de admirar la sabia política del plan y la acertada ejecucion de una obra verdaderamente colosal. Iturbide, que concibió la idea, sabía bien cómo habia de ejecutarla. Pone de acuerdo á un ejército caballeroso y triunfante á quien traslada sus pensamientos y sus convicciones: emplea su indomable y reconocido valor y aquel prestigio militar alcanzado en cien batallas siempre dificiles y siempre ganadas: interesa sus multiplicadas relaciones y sus amistades; y emprende una mar-



cha espléndida hacia el Bajío, antiguo teatro de sus reconocidas hazañas, y de sus glorias militares. Y en esta marcha guía sus tropas con tal orden, y ellas se conducen con tal disciplina, que no ven los pueblos en este ejército las informes masas que antes asolaban y destruían cuanto hallaban á su paso, sino á un ejército disciplinado, modelo de orden y de valor, y el verdadero sostén de los derechos que una sociedad bien organizada ofrece á sus individuos. ¿Quién podía resistir á un jefe de prestigio y de valor, de grande inteligencia y de reconocido mérito, y á un ejército simpático y valiente, moralizado y patriota, cuando proclaman las tres garantías de Religión, Union é Independencia, comprendidas y apetecidas de todos, y que dan á la vez las pruebas de esas importantes garantías, caminando en un orden perfecto sin alterar la paz de las ciudades ni de los campos, sin hacer derramar lágrimas á nadie, sin dejar viudas desoladas, huérfanos desvalidos, ni madres desamparadas? Conciudadanos, el espectáculo de un ejército caminando así en medio de las aclamaciones de los pueblos y con las bendiciones de todos; triunfando sin echar mano de las armas y por solo la fuerza moral de la sabiduría de su plan y de la caballería de su conducta, ilustrando los nombres de Herrera, Victoria, Santa-Anna, Filisola, Negrete, Bustamante, y otros, y alcanzando la libertad y la independencia de su patria, conmueve hondamente mi espíritu y escita en mi corazón los sentimientos mas sublimes de admiración y gratitud. No de otra suerte sentirían los hijos de la España, cuando vieron manchar las huestes de Pelayo al campo del honor

18

y la victoria. Tal ha sido, mexicanos, la maravillosa ejecución de una obra tan sabiamente concebida; tal el origen de nuestra nacionalidad; tal el título de las glorias de Iturbide y del Ejército de las tres garantías con que conquistara nuestra eterna gratitud y perpetuo reconocimiento; y tal, por fin, el grande acacimiento que celebramos en este glorioso día, dichoso aniversario del memorable 27 de Setiembre de 1821.

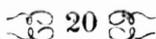
Nada querría deciros, compatriotas, de las circunstancias que nos rodean, por no empañar el brillo de tan hermoso día, poniendo á vuestra vista el contraste de la realidad presente con las dulces esperanzas que, á la consumacion de nuestra Independencia, por tan gloriosos medios formaran los hombres mas pensadores. Pero permitidme que llame ligeramente vuestra atencion hácia el ejército de las tres garantías y hácia su ilustre caudillo. Ese ejército que fué el primero en comprender y secundar el gran pensamiento de su dignísimo jefe, y con su conducta morigerada y caballerosa supo atraer á la buena causa las simpatías de sus enemigos y el entusiasmo de todos: ese ejército vive aún, porque las corporaciones no mueren jamas. Es el mismo que visteis sostener y afirmar gloriosamente la independencia en las riberas del Pánuco, es el mismo que siempre ha hecho frente con decision y con lealtad al enemigo extranjero, aunque no siempre con buena fortuna, por causas que no han dependido de él, ni es del caso examinar; es el mismo que ha tendido generoso la mano á sus cobardes enemigos que en su desgracia lo deturpan y lo llenan de baldon: es el mismo que habeis visto y veis actualmente contrarestando á la anarquía que diversas ve-

19

ces en nuestras luchas interiores ha estado próxima á destruir la unidad de la nacion, su independenciam y su vida. ¿Cómo, pues, explicar ese desvío, ese encono con que le ven los ciegos partidarios de teorías disolventes, ó de irrealizables utopias? La explicacion de este fenómeno moral es harto triste para el corazon de un mexicano: es la misma de la prematura muerte del noble caudillo de ese mismo ejército, muerte que todavia arranca lágrimas de vergüenza y de dolor á los que conservan algun amor á la Patria, que tienen en algo el buen nombre de México, y no están del todo ciegos por el egoísmo y la ingratitud. ¡La ingratitud! ¡La ingratitud y el fanatismo politico! Hé aquí lo que hizo rodar la cabeza del héroe causando el baldon de un pueblo á quien él diera la vida, la independenciam y la libertad. ¡La ingratitud y el fanatismo politico! Hé aquí lo que motiva el odio al ejército y con él las continuas revueltas en que hemos estado y estamos aún, teniendo que avergonzarnos de nuestra conducta ante las naciones civilizadas que nos observan y ven con estrañeza cuan mal hemos correspondido á las miras de nuestro Libertador, á la conducta noble de nuestro ejército, y á las esperanzas de la civilizacion y la humanidad. ¡La ingratitud y el fanatismo politico! Hé aquí lo que ha dejado yermos nuestros pueblos, pobres y sin asilo á los ciudadanos, y ensangrentado los campos y las ciudades de manera que pudiéramos muy bien esclamar con el poeta latino.

Qui gurges, aut que flumina lugubris.

Ignara belli? quod mare Damais.

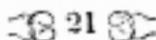


Non decoloravere cedes?

Quæ caret ora cruore nostro?

¡Bañó la tierra, tiñó las aguas nuestra sangre, oyose en todo el mundo nuestra ruina!

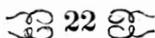
¡Y cuál es el fruto que hemos cosechado de nuestras discordias, de nuestras disenciones, y de nuestras continuas y escandalosas revoluciones? Vosotros lo mirais; nuestros hombres mas eminentes muertos en el destierro, ó en el cadalso: la nacion aniquilada, el comercio paralizado, la sociedad en disolucion. “¿Qué habeis hecho, preguntaba Focion en circunstancias idénticas á los Atenienses? Sed vosotros mismos vuestros jueces. Vosotros habeis olvidado las sábias instituciones de vuestros mayores, los gustos simples de la naturaleza no tienen ya encanto alguno para vosotros; os habeis abandonado á los excesos del lujo: habeis roto los lazos que os unian: la virtud os importuna: habeis hecho morir á Sócrates y forzado á Aristides á desfallecer en el destierro; os sonreis con desden de aquellos que aun se atreven á pronunciar el sagrado nombre de Patria: la gloria no os inflama ya, solo es para vosotros un nombre vano: vuestros sofistas oradores os han dispensado de todo deber. El amor de los placeres, la malicia y el lujo han afeminado vuestras almas: al menosprecio de las leyes, ha seguido el menosprecio de los dioses: el dinero es el dios único que adora la Grecia. ¿Qué se ha hecho aquel tiempo en que una rama de laurel bastaba á contentar la ambicion de un grande hombre? Nuestros padres han hecho grandes cosas con pequeños medios, y nosotros ¿qué hemos hecho con todos los tesoros de la Persia? ¡Ah! si el dinero es tan po-



deroso como decís ¿por qué no comprais con él un Milciades, un Temístocles, ciudadanos y héroes?" Los Atenienses hicieron perecer á Focion. Nosotros premiamos con la muerte á nuestro Libertador. Aquellos por no seguir los consejos de Focion fueron subyugados, y nosotros por no oír los del grande Iturbide hemos sufrido la vergüenza de ver en nuestro suelo á un invasor inicuo.

¿Y quereis, compatriotas, continuar por mas tiempo en una carrera de escándalo, cuyo término no es ya un secreto para nadie? ¿quereis perder el inestimable bien de vuestra independencía y de vuestra nacionalidad? ¿quereis perder vuestra Religion, vuestros hábitos, vuestras costumbres, vuestras propiedades territoriales, y hasta vuestra rica y hermosa lengua? ¿quereis, en fin, perder hasta la esperanza de dejar á vuestros hijos la patria y la libertad que os conquistara el que, víctima de su amor á vosotros y de la mas negra traicion, os dirijia sus bendiciones y sus consejos desde el patibulo cuando fué asesinado en Padilla? No, ciudadanos; no, no: lejos de mí el suponer en vosotros ni aun la indiferencia en tan capitales peligros: pero permitidme recordaros, en la suprema agonía de la patria, la necesidad que tenemos de volver sobre nuestros pasos y corregir nuestros errores para salvarla de la muerte y evitarnos el desprecio y el escarnio de las naciones civilizadas. ¡Descendientes de Pelayo y de Guatimotzin! ¡Hijos de Iturbide! vuestra patria perece: vais á desaparecer de entre las naciones y á ser mirados por éstas como hijos indignos y degradados de tan ilustres héroes!

Levantaos; despertad del sueño del egoismo; depo-



ned vuestras rencillas sobre cuestiones subalternas y mirad el interes capital. No se trata ya de formas de gobierno, ni de reparticiones de empleos, ni de farsas electorales: se trata de vuestra independencia, se trata de vuestra vida. ¡Lo ois, mexicanos? Pues haced el último esfuerzo: sed dignos de vuestros ilustres padres, y volved al camino que os trazaron y donde habeis adquirido tanta gloria. Sí, la Religion y la Union os dieron patria y libertad, mediante el ejército; volved á la Religion y á la Union, y ellas os conservarán la patria y la libertad que os dieron. Unios al ejército que, si participa de la imperfeccion de las otras clases, tiene patriotismo y lealtad y os salvará como en 1821.

Conciudadanos: débil es mi voz y ningua mi respetabilidad para dirigiros mis consejos; pero no hagais caso de mi pequeñez: ved tan solo á la razon que os habla por mi boca y seguid sus saludables inspiraciones. Las tres garantías y el ejército os dieron vuestro ser nacional: las tres garantías, si lo quereis, os conservarán tan preciosos bienes. Encomendadles, pues, vuestra suerte, encerrando vuestro plan político, administrativo y social en estas breves, pero significativas palabras:

¡Viva la Religion! ¡Viva la Union! ¡Viva la Independencia! ¡Viva el Ejército mexicano!—DISE.

